
Bolívar y las Antillas

I

Que Bolívar construyó con su espada cinco naciones del continente sudamericano, es harto sabido; lo es menos, sin embargo, que dentro de su proyecto de emancipación total del Nuevo Mundo (del río Grande para abajo) figuraron las Antillas Mayores, y muy especialmente Cuba y Puerto Rico.

La primera referencia al desgajamiento de estas dos islas del tronco hispano la encontramos en su histórica Carta de Jamaica (1815), donde esboza ya su magna construcción de una sola América con los pueblos que tienen por lengua (junto con las aborígenes, en no escasa proporción) el español. Ahí, en ese documento medular de su pensamiento, dice concretamente: «Las islas de Puerto Rico y Cuba, que entre ambas pueden formar una población de 700 a 800.000 almas, son las que más tranquilamente poseen los españoles, porque están fuera del contacto de los independientes. Mas, ¿no son americanos estos insulares? ¿No son vejados? ¿No desean su bienestar?»

Aparte del aislamiento marítimo, que las ponía «fuera del contacto de los independientes», ¿cuál era, fundamentalmente, el problema de estas dos islas caribeñas que a los ojos de Bolívar estaban ajenas al movimiento emancipador continental y mantenían, frente a esta lucha, una actitud pasiva? El problema de la esclavitud, de la servidumbre negra, de la presencia del africano en su suelo. Criollos blancos (como Bolívar) y en no pocos casos adinerados (como Bolívar también) habían acaudillado, a partir de 1810, el alzamiento contra la metrópoli ibera. En Puerto Rico y Cuba (lo veremos más adelante) su criolledad blanca, dueña de ingenios (fábricas de azúcar) y de millares de esclavos, no quería ni oír hablar de separación de España por miedo, mejor dicho, terror, a verse convertidas en nuevas Haití. El fantasma que recorría el Caribe a la altura del estrecho de la Florida venía de África, tenía el color negro y arrastraba cadenas que remachaban sus muñecas y tobillos.

Que aquí estaba el nudo gordiano que impedía la incorporación de las Antillas Mayores a la «guerra inevitable» (Martí), no lo ignoraba en lo absoluto Bolívar (si bien este obstáculo, paradójicamente, precipitaría la independencia del Santo Domingo español, al reconocer Francia, en 1822, la haitiana: ¡siempre Haití, siempre ese *hougan* o *zombie* atemorizando casi todo el XIX antillano!). No se le escapaba el espinoso «asunto racial». Pero, como Martí más tarde, no lo eludía, sino que lo tomaba por las astas. Sin capitalizarlo, tampoco lo marginaba. Perú participaba igualmente de ese conflicto, y en su célebre misiva jamaicana, el Libertador incide así en su mal: «El Perú, por el contrario, encierra dos elementos enemigos de todo régimen justo y

liberal: oro y esclavos. El primero lo corrompe todo; el segundo está corrompido por sí mismo.»

En su concepción de lo que para él es América está asimismo inmersa, sumergida hasta lo más profundo, su conformación, amalgama, simbiosis racial: «Nosotros somos *un pequeño género humano* (el subrayado es mío).» Es decir, un conglomerado de hombres *distinto* al resto de la humanidad (que no antípoda ni opuesta a ella), y en esta *otredad* es sin duda esencial la estructura étnica: «... no somos —añade Bolívar— indios ni europeos, sino un especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles» ¿Y los negros? ¿Dónde están, cuál es su lugar en América? Parecería que los ha ignorado. Pero no es así. A propósito de Boves, que peleó al lado de España y que con sus humildes llaneros —indios, mulatos, cholos, zambos— puso en serio peligro la liberación de Venezuela, aborda el tema frontalmente: «En Venezuela —vuelve a escribir desde su exilio en Kingston: ciudad inglesa sólo de nombre, africana de entrañas— no ha existido una verdadera guerra de razas a pesar de Boves. Los merodeadores son gente pobre y oprimida. Son también gente de color; los opresores ricos son blancos; el conflicto civil es esencialmente económico. Deshágase la mixtificación del rey, adoctrínese al pueblo en la idea de la nación, y los hombres de color se unirán a los criollos.»

Petion, el mulato presidente de Haití

De Jamaica, donde ha buscado refugio para que su presencia en Colombia no sea pretexto de guerra civil, pasa a otra antilla (ésta íntegramente negra, de punta a puño, sin siquiera las escasísimas salpicaduras encarnadas británicas de Jamaica), Haití; pues su plan de retornar a tierra firme se ve frustrado cuando el general español Pablo Morillo toma Cartagena (de Indias) luego de un largo asedio, y varias centenas de patriotas que la defendían tienen que echarse al Caribe. Con ellos se topa Bolívar en pleno mar, y juntos ponen proa a Les Cayes, puerto sureño del antiguo Santo Domingo francés.

Lo acoge fraternalmente Petion (que quiere decir *pequeño*, y es mulato —padre francés, madre africana, *comme d'habitude* en las colonias—, y ha sido esclavo, y ahora gobierna la parte meridional de la mitad de la isla, pues en el norte «reina» Henri Cristophe, antiguo cocinero de la ciudad de El Cabo, que se ha proclamado a sí mismo «Bienhechor de la Nación y Primer Monarca Coronado del Nuevo Mundo»). Petion, tristemente, trata de levantar una república agrícola en la porción de suelo que gobierna.

«Un negro generoso lo ayudó cuando ya no lo quería ayudar nadie», contaría Martí luego a los niños de América, y la importancia de esta sencilla frase dentro del contexto cubano racista de entonces (1889) es enorme. Y es lo verídico, pues como también refiere Waldo Frank en su biografía de Bolívar *Nacimiento de un Mundo*, el presidente haitiano «otorgó asilo a todos los refugiados en Les Cayes, y toda la ayuda posible mientras formaban su expedición». Y hace esta observación: señala que Bolívar «comprendió que el presidente era un hombre firme, dentro de su gentileza».

Pese a las amenazas que Morillo le hace llegar a Port-au-Prince, puso a disposición de Bolívar alguna artillería, fusiles, granadas, municiones y cinco goletas con un cañón

en la proa. Finalizando mayo de 1816, siete embarcaciones, de las cuales sólo dos podían ser propiamente llamadas naves de guerra, bajan por el rosario de islotes del arco antillano rumbo a Venezuela llevando a bordo a 250 hombres nada más (no los 2.000 que vocó Bolívar para que llegara a oídos enemigos)..., «todos ellos oficiales, el esqueleto de un ejército».

A cambio de este respaldo —valiente y valioso en extremo en aquellas circunstancias—, Petion sólo le pidió —no le exigió— a Bolívar que cuando triunfara aboliese la esclavitud en su país.

La petición era innecesaria, pues habría sido un monstruoso contrasentido en esta águila andina desencadenar pueblos, patrias, naciones y mantener hombres en servidumbre. De mucho antes había dado pruebas de un proceder irreversible, desde que en 1812 hiciera dejación de todas sus fincas en favor de sus hermanas, y María Antonia manumitara a 300 esclavos suyos que de inmediato se unieron al ejército republicano.

Ahora, al desembarcar en la isla Margarita, ante las costas de Venezuela, reafirma no sólo la palabra dada a Petion, sino sus convicciones democráticas más raigales: alienta a sus pobladores a que permanezcan unidos, «dando libertad a sus esclavos». Y agrega un historiador norteamericano que en esa ocasión acuñó Bolívar una sentencia que medio siglo después repetiría Lincoln:

«Nuestro país no puede ser libre y esclavo al mismo tiempo.»

II

El desastre de Ocumare lo devuelve a Haití. Pero, como alguien dijo, «Bolívar vencido es más peligroso que vencedor.» Nuevamente recibe estímulo moral y apoyo material de Petion. El presidente haitiano responde en estos términos a la carta que Bolívar le ha escrito contándole su fracaso: «... si algo puedo hacer para mitigar su pesar y su dolor, cuente con todo lo que esté al alcance de mi posibilidad... Dése, pues, prisa y venga a esta ciudad. Deliberaremos juntos.»

Y no sólo deliberan en Port-au-Prince (y Bolívar reaviva en Petion la fe en él, ya que la capacidad del Libertador para adaptarse a las más temibles situaciones sin perder la energía era realmente portentosa), sino que Petion, como estadista agudo que era, se da cuenta de que al no tener ninguna nación amiga en el orbe (Francia tardaría aún una decena de años en reconocerla, y ello por móviles políticos), necesita auxiliar a crear alguna que le sea favorable... En fin, cuatro meses después una nueva expedición surcó el Caribe otra vez en dirección a la Margarita, y otra vez allí Bolívar decretó la «guerra sin cuartel», y otra vez *proclamó libres a los esclavos* y prometió dimitir de su cargo de presidente circunstancial de la república de Venezuela ante una asamblea constituyente que él mismo convocaría.

Si cinco veces en cuatro años Bolívar había sido expulsado del subcontinente sudamericano, ya no lo sería más. Su vuelo de Libertador habíase iniciado definitivamente, y ya nada plegaría sus alas. (Miento, por sexta vez, en 1830, iba a conocer el

exilio, cuando Perú, Colombia y hasta Venezuela pidieran su expulsión; pero la muerte, entonces, le mitigaría la pena del destierro.)

Piar, el general mulato Manuel Piar, lo requiere para que tome nuevamente el mando del ejército republicano. Bolívar mismo lo había enviado al Oriente venezolano, y la campaña militar que el pardo realiza (derrotó a Morales en El Juncal, y obtuvo una importante victoria sobre el general La Torre en San Félix, que asegura para los insurgentes la posesión de la Guayana) es tan brillante que Bolívar salta de alegría. Sin más demora desembarca con el alba de 1817 en Barcelona, no muy distante de la capital venezolana, su natal Caracas. Pero cuatro largos años de cruentas batallas lo separaban todavía de ella.

Antes de abandonarlo en su periplo bélico continental, atravesando llanuras interminables, montañas que se enlazan con el cielo, ríos como mares que se desprenden atormentados de picachos no hollados jamás por el hombre, en suma, venciendo a la portentosa geografía americana o haciéndola su aliada; trayectoria que en el argot combatiente tuvo nombres tan tremendos como Angostura, Casanare, las Queseras, Boyacá, Carabobo, Bomboná, Pichincha, Junín, Ayacucho; en fin, antes de dejarlo cabalgando sobre este septenio sangriento y glorioso (1817-1824), llevando a su lado hombres que rozaban su talla, como Sucre, Páez, Mariño, Santander, Piar...: dos noticias.

Atañe a este último la primera, y la consignamos no por anecdótica o trágica, sino porque es reveladora de la sencilla pero profunda convicción antirracista de Bolívar.

Hijo de madre negra y padre blanco, venezolanos los dos, Manuel Piar era sin duda un general ducho en extremo en lo que hoy designaríamos como guerra de guerrillas. Pero era también inconstante, díscolo y agresivo. Utilizaba su mezcla racial según su capricho y apetencias: unas veces echaba por delante su condición de hijo de sufrida africana y otras exaltaba la sangre blanca, europea, que corría por sus venas. A pesar de que compartió el exilio haitiano de Bolívar y juntos habían partido para Venezuela en la primera expedición de 1816; a pesar de que inicialmente aceptó su jefatura al año siguiente, luego, frecuentemente, no se ocultó para pregonar la ineptitud de Bolívar por su nuevo fracaso en los Clarines, hasta que pasó a la abierta sedición. Bolívar intentó ganárselo primero —pues no deseaba que ningún brazo le fuera cercenando a la república: mucho menos uno tan decidido y eficaz como el de Piar—, pero, finalmente, viendo que todo acercamiento era imposible, ordenó su captura y enjuiciamiento. El dictamen del consejo de guerra fue pena de muerte. No creyó Piar que Bolívar lo ajusticiase. Estaba seguro de que en el último momento lo perdonaría. Se equivocó. Bolívar fue firme hasta sus últimas consecuencias, tal vez porque el escarmiento se imponía, y no le faltó razón a Piar al exclamar: «Me está sacrificando.» Y el 16 de octubre de 1817 un pelotón de fusilamiento dio cuenta de su vida en la plaza de Angostura, sitio de las épicas hazañas del bravo mulato. Mas, con este hecho, se transparenta que si en Bolívar hubiera existido un ápice de racismo no se habría atrevido a sancionar la ejecución de Piar por miedo a la «leyenda negra» que se volcaría sobre él, máxime teniendo en cuenta que desde ya los soldados —y no pocos de sus oficiales— que emprenderían la liberación de medio continente suramericano eran mestizos —de indio, de negro, de blanco pobre— y provenían

directamente de la esclavitud o de la encubierta servidumbre que respondía a los nombres de «encomienda», «mita» y, en general, al sistema francamente feudal que imperaba en América.

La proscripción de la esclavitud

La otra data concierne al Congreso de Angostura, efectuado el 15 de febrero de 1819, y que diera nacimiento a la república venezolana. En pieza admirable reafirmó Bolívar su certidumbre, ya delineada en la Carta de Jamaica, acerca de la composición racial americana:

«Tengamos presente que nuestro pueblo no es el europeo, ni el americano del norte; que más bien es un compuesto de Africa y América que una emanación de la Europa; pues que hasta la España misma deja de ser europea por su sangre africana, por sus instituciones y por su carácter.»

Quizá haya un excesivo absolutismo en estas afirmaciones, y, sobre todo, la presencia de España en América (y aun en Europa) precise de matices no rozados por el Libertador en su alocución. Pero se mantiene incólume su concepción de América como «una pequeña humanidad». Aquí sí acierta plenamente.

Mas si esta amalgama étnica era una suma de desigualdades (blanco, indio, africano), su resultado tenía que ser también, forzosamente, una entidad no homogénea. ¿Era ello perjudicial para los próximos pueblos, ya liberados, del Nuevo Mundo de raíz no sajona? No en la impecable y justísima lógica bolivariana: trasladado al plano social y estatal, enfocaba así este fenómeno con sinceridad meridiana:

«Si el principio de la igualdad política es generalmente reconocido, no lo es menos el de la desigualdad física y moral. La naturaleza hace a los hombres desiguales en genio, temperamento, fuerzas y caracteres. Las leyes corrigen esta diferencia porque colocan al individuo en la sociedad para que la educación, la industria, las artes, los servicios, las virtudes, le den una igualdad ficticia, propiamente llamada política y social. Es una inspiración eminentemente benéfica la reunión de todas las clases en un estado en que la diversidad se multiplica en razón de la propagación de la especie. Por este solo paso se ha arrancado de raíz la cruel discordia. ¡Cuántos celos, rivalidades y odios se han evitado!»

Aunque es probable que no pocos de los asistentes al parto de esta primera nación en libertad del macizo sudamericano, de sus constituyentes, no hayan entendido cabalmente sus palabras, no hay en la reflexión de Simón Bolívar ni un rasgo de sentimentalismo, ni una sombra de paternalismo para con el conglomerado humano que emergía independiente; muchísimo menos de demagogia vergonzante: por el contrario, respeto íntegro a la virtud intransferible de cada hombre.

Sin embargo, socialmente en las tierras americanas —en la venezolana también— existe un cáncer que la república que se estrena tiene que extirpar si quiere ser leal con la sangre derramada en su creación: la esclavitud. Y Bolívar hunde hasta el puño el bisturí en el tumor maligno:

«Un gobierno republicano ha sido, es y debe ser el de Venezuela; sus bases deben ser la soberanía del pueblo, la división de los poderes, la proscripción de la esclavitud...»

III

«Soy como el sol: envío rayos en todas direcciones.»

BOLÍVAR

El exergo no es gratuito ni una frase grandilocuente de Bolívar: responde a un hecho muy concreto en el Caribe. En efecto, en 1822, aprovechando el parvo interregno constitucional en la Península —que por supuesto se reflejó en sus ya escasas colonias—, se fundó en La Habana la logia masónica «Soles y Rayos de Bolívar». Su objetivo era propiciar la independencia de Cuba, y fue creada por un joven habanero, José Francisco de Lemus, que desde 1817 se había adherido a los planes bolivarianos de libertar a Cuba y a Puerto Rico.

En estos planes, que comprendían la invasión de las islas, estaban altamente interesados Colombia y México, pues por su posición geográfica Cuba se había convertido en la base de operaciones marítima de los ejércitos españoles contra los insurrectos de Sudamérica y México; aparte de que, privado de las remisiones de prácticamente todo el continente, Cuba y Puerto Rico habían devenido las principales sostenedoras financieras en ultramar de Fernando VII. De aquí el interés de estas dos naciones republicanas en separar a las Antillas de España, amén de su natural simpatía por la consecución de la libertad en esas tierras hermanas.

La acción conspirativa de los «Soles y Rayos de Bolívar» se extendió a toda la isla de Cuba, logrando agrupar a profesionales, oficiales de la milicia (ejército voluntario), jóvenes de las ciudades, campesinos, gente modesta en su mayoría. Entre sus integrantes figuraba el más grande poeta cubano de ese período, José María Heredia, de quien años después diría José Martí que en sus versos aprendió a amar la libertad y calificaría de primer poeta romántico de América.

Pero Lemus y otros jefes de la conspiración no se limitaron a ganar adeptos entre los criollos blancos, sino que los buscaron también en la población negra, tanto la libre como la esclava; cosa que fue aprovechada por las autoridades coloniales (que estaban bien informadas de los progresos que hacía la sedición) para presentar el movimiento bajo un carácter siniestro y despertar una reacción negativa contra el mismo entre los blancos, siempre temerosos de una rebelión de esclavos. Que este temor caló, lo revela que Francisco de Arango y Parreño, el más lúcido, brillante y quizá cínico de los representantes de la sacarocracia (los potentados del azúcar) expresara así su opinión contraria a todo intento de separatismo:

«La composición de la población de Cuba hace imposible la independencia. Cualquier movimiento revolucionario dirigido a alcanzarla, provocaría irremediamente la rebelión de los esclavos, la destrucción de la riqueza del país, el aniquilamiento de sus habitantes blancos y la transformación de Cuba en otra Haití.»

De todas formas, el capitán general de la isla, Francisco Dionisio Vives, decidió liquidar la infiltración bolivariana en Cuba. En 1824, los miembros de sus «soles y rayos» fueron aprehendidos. En el proceso que se les siguió llegaron a estar encausadas más de 600 personas, lo cual prueba la amplitud y el arraigo que el conato

de insurgencia había tenido entre los pobladores de Cuba, si se tiene en cuenta que sólo una porción minoritaria de los conspiradores fue atrapada. De sus dirigentes, uno de los pocos que consiguió escapar fue Heredia, ocultándose en una finca, y más tarde arribó clandestinamente a los Estados Unidos en un velero. Los demás, con Lemus a la cabeza, fueron deportados a España como prisioneros o condenados a sufrir cárcel en la isla.

En años por venir, el novelista cubano Cirilo Villaverde recordaría amargamente estos hechos en su novela *Cecilia Valdés*, poniendo el acento sobre el velo de silencio y olvido que había caído sobre los mismos:

«Los sucesos pasados, pues, así dentro como fuera de Cuba, los conatos de revolución en ésta, las resultas de la tremenda lucha por la libertad e independencia en el continente, todo esto quedó sepultado en el misterio y en el olvido para la generalidad de los cubanos (...). De la del año 23 (la conspiración «Soles y Rayos de Bolívar») se sabía, por tradición, que Lemus, el cabecilla, gemía en presidio en España; que Peoli se había escapado del cuartel de Belén disfrazado de mujer; que Ferrety, el delator, gozaba de la privanza o favores del gobierno; y que Armona, el aprehensor, continuaba siendo el jefe de la única gendarmería del Capitán General...»

Hace esta salvedad acerca de Heredia:

«Su «Himno del desterrado» (1825) causó vivo entusiasmo en La Habana, muchos lo aprendieron de memoria y no pocos lo repetían cuando quiera que se ofrecía la ocasión de hacerlo sin riesgo de la libertad personal.»

El poema a que hace alusión Villaverde es un canto épico, con ecos de Byron y de Espronceda, escrito por Heredia en el exilio, y cuyas dos últimas estrofas, ardidadas de encendido patriotismo, fueron, en efecto, tremendamente populares en Cuba:

*¡Cuba! Al fin te verás libre y pura
como el aire de luz que respiras,
cual las ondas hirvientes que miras
de tus playas la arena besar.*

*Aunque viles traidores le sirvan
del tirano es inútil la saña,
que no en vano entre Cuba y España
tiende inmenso sus olas el mar.*

Téngase en cuenta que, dentro del tiempo novelesco, Villaverde está hablando de acontecimientos que tuvieron lugar apenas siete años atrás. Sin embargo, los menciona como esfumados en lo más remoto de la historia. De lo cual se deduce que para 1830, Cuba parecía haberse resignado ya a ser por siempre una colonia de España.

El congreso de Panamá

Mas antes de llegar a esta sombría conclusión, retrocedamos a la segunda mitad del mencionado año 23. A escasos meses de ser deshecha la conspiración, renació

el intento emancipador, y esta vez estuvo encaminado a obtener el apoyo directo de Bolívar a la independencia de Cuba. Fue promovido por un grupo de separatistas cubanos evadidos en Nueva York. Allí acordaron que una comisión se dirigiera a Colombia para entrevistarse con el presidente Santander y con Bolívar. Tras no pocas vicisitudes, uno de los comisionados, José Agustín Arango, logró hablar con el Libertador en Lima, en mayo de 1825, o sea, alrededor de dos años después de haber acordado los cubanos demandarle su auxilio. Bolívar, como anteriormente ya lo había hecho Santander, manifestó a Arango sus simpatías por la independencia de Cuba; pero, al propio tiempo, declaró que «el apoyo colectivo de las nuevas repúblicas americanas al plan de emancipación de Cuba era un asunto que debía resolverse en el congreso de Panamá». Dicho congreso estaba convocado para el siguiente año, y sería un valladar que los cubanos no podrían salvar por la suma de muy poderosos intereses que allí confluían.

El Congreso Anfictiónico se reunió en Panamá en junio de 1826 y de inicio fue un fracaso, pues a él sólo concurrieron cuatro naciones: la Gran Colombia (unión de Venezuela y Colombia), Perú, México y Centroamérica. Del cono sur, ni Argentina ni Chile estuvieron presentes. Estados Unidos participó exclusivamente como invitada. El proyecto de Bolívar, que convocó el Congreso, preveía una liga de naciones americanas juramentadas contra las guerras entre sí, comprometidas a resolver sus diferencias por el arbitraje, consagradas a preservar la libertad individual de sus ciudadanos. En ese momento, su idea federalista era la de una sola nación andina, indivisible, desde Panamá hasta Chile. Pero a más vasto alcance los Estados Unidos estaban insertos, pues aspiraba Bolívar a un hemisferio de naciones unidas, sin marginar ni siquiera, como se ha dicho, a Haití, «la república negra», donde «ninguna será débil con relación a la otra; ninguna más fuerte...» La visión de la Gran República Americana de Bolívar se trazaba así.

En la agenda del Congreso se incluyeron los casos de Cuba y Puerto Rico. Pero aquí Bolívar chocó con la decidida oposición norteamericana. De ningún modo estaban dispuestos los Estados Unidos a tolerar que Colombia o México invadieran las islas para liberarlas. Bolívar no pudo sino lamentar la férrea resistencia yanqui, que sellaba así el destino de las dos antillas: por muchos, muchos años continuarían siendo colonias: las últimas que España conservaría en América como residuos de su otrora gran imperio.

Desde tres años atrás, la intransigencia de Norteamérica respecto a la libertad de Cuba y Puerto Rico era bien conocida. Todo partía de la Doctrina Monroe, proclamada en 1823, y cuya esencia, sintetizada en la fórmula «América para los americanos», en apariencia tenía por objetivo alejar toda intervención europea en América; pero en el fondo escondía el deseo hegemónico de la emergente potencia del nuevo continente, especialmente en su área norte y en el Caribe.

Bolívar, en Martí y en Hostos

Un largo hiato de tres cuartos de siglo se extendería antes de que estos dos archipiélagos antillanos pudieran unirse a sus hermanos de tierra firme. Era como si,

para ellos —Cuba y Puerto Rico—, el sueño de Bolívar se hubiera extinguido definitivamente. Pero no. Renació en los borinqueños que lanzaron el grito de Lares y en los cubanos el de Yara en un mismo año, 1868, y a sólo un mes de separación el uno del otro (septiembre-octubre). Serían sofocadas ambas insurgencias; la de Puerto Rico prácticamente abortada, y la de Cuba tras diez años de cruento batallar.

Renacería asimismo en el pensamiento y en la acción del cubano José Martí y del puertorriqueño Eugenio María de Hostos en pro de la libertad de sus respectivas patrias, que eran vistas ahora, en las décadas postrimeras del XIX, como una sola, pues Hostos, en 1871, se adhiere al núcleo de cubanos que componen la Junta Revolucionaria de Nueva York y recorre varios países latinoamericanos solicitando apoyo para la causa de Cuba, en cuyos campos se está peleando por la independencia; y al crear el Partido Revolucionario Cubano en 1892, Martí señala en sus bases que se funda para conseguir la libertad de Cuba y coadyuvar a la de Puerto Rico. Esta hermandad entrañable entre las dos islas caribeñas, nacida de raíces y anhelos gemelos, la expresará bellamente la poetisa borinqueña Lola Rodríguez de Tió en unos versos que sonarán conmovedoramente en los oídos insulares de ambos pueblos:

*Cuba y Puerto Rico son
de un pájaro las dos alas,
reciben flores o balas
sobre un mismo corazón.*

Que el espíritu de Bolívar, su ejemplo, su ideario, están detrás de las gestas independentistas antillanas que se incuban hacia fines del siglo pasado, se transparenta en el discurso que Martí pronuncia el 28 de octubre de 1893 en la Sociedad Literaria Hispanoamericana de Nueva York, institución que le rinde homenaje al cumplirse un aniversario más de su ascensión al Potosí (26 de octubre de 1825), donde son clavadas las banderas de todos los países ya libres de América. En una de las más extraordinarias piezas oratorias que se le haya dedicado al Libertador, Martí proclama abiertamente que «Bolívar tiene que hacer en América todavía», porque «lo que él no dejó hecho, sin hacer está hoy».

¿Y qué es lo que Bolívar no dejó hecho, qué tiene que hacer todavía en América? Entre otras cosas, y muy principalmente, lograr la libertad de Cuba y Puerto Rico. De ahí que Martí aluda a la «frente contrita de los americanos que aún no han podido entrar en América», a que «de Bolívar sólo se puede hablar con una montaña por tribuna, o entre relámpagos y rayos, o con un manojo de pueblos libres en el puño y la tiranía descabezada a los pies». Esto es lo que falta por hacer en América, y hombres como Martí y Hostos, Betances y Maceo, intentarán concluir su obra de gigante, cerrar su ciclo. De la importancia que para la contienda que se avecina tiene la sombra de Bolívar, da fe esta emocionada exclamación del Apóstol: «¡... los cubanos lo veremos siempre arreglando con Sucre la expedición, que no llegó jamás, para libertar a Cuba!» Y no llegó porque, como Páez, «a no ser por los vecinos del norte, en Cuba habría rematado el llanero su cabalgata de libertador».

Semejante devoción hay en Hostos cuando escribe de Bolívar en 1870, en el propio

Perú, cuando se celebran cuarenta y seis años de la batalla de Ayacucho, que marcó la derrota total de las tropas colonialistas en Sudamérica: «... comprendía Bolívar que sólo la independencia de todos era seguridad para la independencia de cada uno de los pueblos, que sólo de la unión de todos ellos surgirían la estabilidad, la libertad y la paz». Es, en el solidario pensamiento de Hostos, hijo a su vez del ideario ecuménico americano de Bolívar, llamamiento para que se socorra a Cuba, que entonces «combate solitariamente»; es apelación a la conciencia continental para que se entienda que los pueblos del archipiélago antillano son también parte consustancial de América.

Significativamente, Bolívar muere a orillas de ese mar. Sus últimos días —de enfermedad, pobreza, decepción— transcurren en Santa Marta, en las riberas del Magdalena, que desemboca en el Caribe, y casi pecha la antiquísima Cartagena de Indias. Significativamente también, quizá, le da albergue un español, don Joaquín Mier, en cuya quinta va a expirar. Le restan pocas fuerzas, físicas y espirituales, pues la tisis muerde sus pulmones y el desencanto su alma; pero parte de ellas las emplea para que de su mano brote una de las joyas literarias más deslumbrantes que registra la prosa castellana: la carta que (¿por qué) le escribe a su prima Fanny, en París. La traza «la mano que estrechó la tuya en las horas del amor, de la esperanza, de la fe; ésta es la letra que iluminó el relámpago de los cañones de Boyacá y Carabobo...» Tiene frente a él, le describe, «...el mar Caribe, azul y plata, agitado, como mi alma, por grandes tempestades...» y «por sobre mí, el cielo más bello de América». Mientras llegan hasta él «el perfume de los tamarindos y el rumor del mar» (Mariano Picón-Salas), deja de respirar un 17 de diciembre de 1830, justamente el día en que, once años atrás, naciera, en Angostura, por su espada y su mente, la primera de las cinco repúblicas hispanoamericanas que fundaría: la Gran Colombia.

Se cuenta que cuando la fiebre encogía su cuerpo y le hacía delirar, alguna vez clamó en su desvarío:

—¡José, José! Vámonos, que de aquí nos echan. ¿A dónde iremos?

Y más de medio siglo después, desde el magisterio del discurso citado, Martí le respondía:

«¿A dónde irá Bolívar? ¡Al respeto del mundo y a la ternura de los americanos!»

CÉSAR LEANTE
Gobernador, 29.4.º A
MADRID-14